

Cuénteme un cuento, señor Wilde

Oscar Wilde, el irónico implacable, aseguraba que mentir bellamente era un arte, y decir la verdad era obrar conforme a la naturaleza. Tal afirmación la testimonia cierto cuento suyo —el que jamás llegó a escribir— llamado La sirena.

ANA MARÍA GUÍRALDES

“Ese era mi niño —relataba Wilde de su grupo de maravillas imaginarias que se llevaba todos los días hasta el mar—, cuando regresaba a su casa, siempre contaba que en la playa había visto a una sirena peinando sus largos cabellos con un cepillo de oro. Hasta que un día, estúpidamente, la vio en la playa, y en vez del mar. Pero, esta vez al llegar a su casa, no dijo nada...” El punto contempla a su auditorio. Todos comprenden: mientras fue una ficción, el asunto estaba lleno de magia; la verdad lo turmó contra.

La estética de la mentira

Leer a Wilde es conocer el más perfecto esbozo obra de sus afirmaciones: “Se escribe lo que no se puede vivir”. Otra vez la mentira gloriosa en aras de la literatura.

Quita a partir de ese hombre, a quien por sobre todo le importaba el arte, la belleza y la búsqueda de los valores estéticos, y de quien André Gide dijo: “Es un hombre que puso todo su genio en la vida y únicamente su talento en los libros”, de ese hombre cuya vida se encamino bastante más allá de los límites del bien y del mal, con una risa charra y un alma más bien audaz que lo llevó a la misma alred, nos acercaremos a la punta del lobo en mitad por escencia.

Su mirada esteticista, captadora del límite entre la verdad y la mitología (caballo bicéfalo), el estilo rico e ingenioso que habla de su capacidad de ilusionar por sobre sus variadas personalidades y entra en vuelo directo a las bondades de la siesta gloria humana, sus personajes encantadores y, aún, monstruosamente vivos, muestra de cómo el cuento maravilloso perché: nace para y perfeto al establecer en el mismo centro de una mente: alienación.

Límites de lo posible

Analicemos. De entre sus cuentos más conocidos: —*El príncipe feliz*, *El famoso coche*, *El campeón de la infanta*, *El ruiseñor y la rosa*, *El niño egósta*, *El gigante egósta*—, tomaremos como ejemplo este último.

Su libro comienza más sitiado de lo medido en el límite de lo posible y actúa como un poderoso imán que deja los ojos fijos en las páginas y, por otro lado, como una catapulta que despara la curiosidad por saber más. Y para eso, veinte palabras: “Todas las tardes, al volver del colegio, venían los niños a escucharle de ir a jugar al jardín del gigante”. Niños, como el lector, van al colegio, lugar memorable y apregiado a la realidad cotidiana. Sin embargo van al jardín de su gigante.

Un sitio puro para transponer el límite de la realidad, con la naturalidad propia de quien sabe contar bien para no tener que explicar. Porque está claro de qué forma los gigantes existen y tienen jardines y, en ese caso, uno tan especial,



que no lo quiere compartir... Y vuelve el elemento colofónico en un cuento, sobre el mar: *Queda prohibida la estada, bajo la pena de la muerte*. El actor, punto a los ojos del cuento, permanece tímido, tapando la boca cerrada.

No se soltará la página y ya está: ca masas el drama, la premisa legal para todos, sumos para el gigante. Su jardín es al fin invadido. Y se da con cara a la alegría del jardín, con la fiesta, el vino, las uvas y el grueso personaje, a pesar de que “en cierta ocasión, una hozña les levantó su cabeza sobre el césped; aunque al ver el cuchillo se retrocedió, sin oír ni pensar en los niños, que se rió y se acostó, volviéndose a dormir”.

El lector atrapado

Los detalles se cuecan con naturalidad, y con la misma naturalidad se leen, pero el lector sabe que pronto algo pasará; se aturde por una leve señal que va en crecimiento y siente que no alcanza a acelerar el pulso pero que impone silencio, eso sí, de ar la lectura. Y es porque el autor ya prepara el momento para abrir por completo el teatro de su estremo. Por amore, este se corre con lentitud, dejé ver a retazos a un gigante que despierta y cree escuchar una música deliciosa, melodía que si el gigante oí-

Cuénteme un cuento, señor Wilde [artículo] Ana María Güiraldes.

Libros y documentos

AUTORÍA

Güiraldes, Ana María, 1946-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Cuénteme un cuento, señor Wilde [artículo] Ana María Güiraldes.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

Biblioteca Nacional

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile